



La mascarada

por C. Vidal Llàser

La comparsa se había reunido en la plaza del pueblo. Poco después empezaría la incansable ronda de las máscaras, cantando y bailando, por las casas de los parientes y amigos. Palerm de cas Pujols se había disfrazado cubriendo su cuerpo con una piel de carnero. Tenía los ojos enrojecidos y la boca amarga. Pensó que ya llegaría la hora de beber, de emborracharse si era necesario. La espina la llevaba dentro y los años la habían hecho cada vez más dura, más afilada, clavándose con más fuerza. Sacó su petaca, abultada de tabaco, y lió un cigarrillo. Era el último día de carnaval. Más tarde irían todos al bosque cercano y allí culminaría la gran fiesta. Era un lugar que le recordaba tiempos pasados, cuando cuidaba del rebaño o se iba a cazar pájaros. O cuando hablaba alguna vez con María, que ya entonces tenía los ojos negros y la piel morena y le hacía soñar con mundos nuevos. La plaza era ya en aquellos instantes como una casa de locos. La gente bailaba y cantaba y algunas máscaras lanzaban al aire gritos alegres o enardecidos, gritos que rompían el aire como un desafío. ¡¡A tu... i ha ha ha hai!! Un grito como este era el que Palerm había escuchado aquella noche, cerca de la casa de María. Había llegado hasta el *porxo* de la casa y allí se encontró con Andreu Mayans, que estaba silbando de manera ya conocida, y pudo ver como la madre de María abría la puerta y oír como le decía: *entrau, entrau, si voleu*. Palerm se quedó esperando, pero Andreu no le dejó el puesto. Se cansó de esperar. Por el camino de regreso a su casa escuchó aquel grito, que parecía mover las entrañas de la tierra y que sacudió violentamente su corazón. Los grupos de máscaras iban provistos de cestas en donde ponían todo lo que recogían en las casas: tortillas con tocino y sobrasada, buñuelos, botellas de anís. Delante de la comparsa iba una pareja de viejos, *es jai i sa jaia*, corriéndoles entre pies un chiquillo que hacía las veces de tonto y que era el encargado de animar la fiesta. Palerm se acordaba ahora de que aquella noche había echado al fuego, con la mano izquierda, un

limón y había conjurado al Rey de Sadán en contra de su rival. Y se echó a reír.

Las comparsas habían llegado al bosque y empezaron los preparativos para la representación, una especie de farsa en varios actos que se repetía invariablemente todos los años por estas fiestas. Cerca se veía una de las torres almenadas de la iglesia. En aquella fortaleza era donde se refugiaban los hombres y las mujeres al enterarse, por las fogatas, de que desembarcaban enemigos. Algunas máscaras iban encapuchadas o con largas barbas y sombreros puntiagudos, y las mujeres con pañuelos sujetos a la cabeza y algunas también con grandes sombreros. Los árboles empezaban a oscurecerse con las últimas horas de la tarde. En una de las comparsas tocaban las castañuelas, el tambor y la flauta, y bailaban con alegría. El tonto corría entre las máscaras espantándolas con sus revuelos y travesuras. Los dos viejos, *es jai i sa jaia*, imaginaban sus tiempos jóvenes y hacían reír con sus grotescas parodias. Palerm había ido antes a la taberna de la plaza y ahora vio pasar cerca de él a un grupo de máscaras. Delante iba Andreu, disfrazado de demonio, con los brazos y las piernas desnudos, con su larga pelambre y su cornamenta, como un monstruo ancestral que hubiera estado perdido durante años en el bosque y que ahora apareciera otra vez con todo su antiguo poder. Palerm pensó que nunca lo había perdido, que siempre había sido más poderoso que él. Cuando Andreu llegaba a la casa de María, la muchacha ya lo esperaba sentada en el *porxo* o bajo el emparrado. Andreu se sentaba junto a ella y empezaban a charlar. La primera vez ya se había decidido por él. María apenas se atrevía a mirarle y permanecía con los ojos bajos, en señal de aprobación. Pero cuando eran niños y jugaban juntos, Palerm y María habían hecho un pacto y se habían prometido para toda la vida. Había sido como una extraña tempestad la que después había cambiado todas las cosas y había transformado los sentimientos de

aquella mujer. Palerm se revolvió contra sí mismo tratando de ahuyentar los recuerdos. Esto no arreglaba nada. Se le estaba calentando la sangre. Sacó su petaca y echó otro cigarrillo y siguió esperando.

Vino luego, como era costumbre, la imitación burlesca de la boda. Todas las comparsas, con sus bailes y canciones, acompañaban a los novios, los cuales, después de efectuarse el casamiento, se arrodillaban ante los padres y recibían su bendición. Se oían voces alegres dando la enhorabuena, los deseos de que la pareja pudiera pasar muchos años juntos, de que también pudieran hacerlo allá arriba, en el cielo. Se decían versos intencionados, acompañados de claros gestos de un realismo impresionante. Después se trasladaban todos, para celebrar el banquete de bodas, mientras el tonto, corriendo y saltando entre las máscaras, seguía con sus torpezas y picardías animando el cortejo. Más tarde tenía lugar la parodia del bautizo. Las comparsas habían bebido antes el vino preparado y la novia una buena taza de caldo de gallina. «Aquí tenéis a vuestro hijo. Lo trajeron moro y lo hemos hecho cristiano», decía el padrino, entregando la criatura a su madre, acabada la ceremonia.

Palerm bebió también de aquel vino. Una sensación extraña le oprimía el pecho y de sus ojos saltaban las chispas de la borrachera. Las máscaras seguían divirtiéndose y agotando sus postreras fuerzas. Palerm se decidió al fin y entró a formar parte de una de las comparsas, la primera que encontró a su paso. El grupo estaba organizando el final de la farsa, la culminación de la fiesta. Había un mascarón pelado que corría de un lado a otro gruñendo con su voz ronca y al que todos intentaban coger. El mascarón se les escapaba cada vez, hasta que por último consiguieron atraparlo. Palerm notó que alguien le daba un golpecito en la espalda. La larga pelambre y la cornamenta de Andreu, tan cerca de él, taparon por un instante sus ojos.

—Hubiéramos podido escogerlo mejor, ¿no crees? —le dijo Andreu, riéndose como un energúmeno.

El mascarón hallábase ya tendido sobre una mesa y algunas máscaras, con los cuchillos al aire, imaginaban abrirlo en canal, mientras los gruñidos eran cada vez más largos, más apagados. A su alrededor, las demás máscaras cantaban y bailaban y tocaban las castañuelas.

—Ha llegado tu hora, Palerm. ¿Qué haces con tu piel de carnero? ¿Por qué no bailas?

A Palerm le dio un brinco el corazón. Quien estaba hablándole era María. Los ojos y la piel morena de María eran como un virus que le roía por dentro y que despertaba la rivalidad latente entre los dos hombres. María y él, cuando eran todavía unos niños, jugaban juntos. Ella traía

una canastilla con pequeños troncos de baladre y colocaban dentro granos y migajas. Cuando los pájaros iban a picar caían en la trampa, pero sin causarles daño. María corría y echaba un abrigo encima, para que no pudieran escaparse. Palerm pensaba entonces en que para todo tenía que haber una trampa, una artimaña, un pozo de lobo en el que podía caer el más pintado.

Palerm se echó al ruedo y empezó a bailar. En aquel momento se había convertido en el protagonista. Todas las comparsas fueron aproximándose y con sus cantos y bailes remontaban la plenitud de la fiesta. Faltaba, sin embargo, el acto final, Entre la mascarada, de pronto, corrió la voz de que rondaba por el pueblo un terrible monstruo. El chiquillo tonto había desaparecido y esto contribuía a aumentar el terror. Los hombres, armados con sus cuchillos, fueron a dar una batida por las cercanías. De una cueva salía una densa humareda negra que oscurecía el cielo. Allí era donde estaba oculto el monstruo. Allí era donde se encontraba el demonio, con sus brazos y piernas desnudos, con su negra pelambre y su cornamenta. Por fin lo atrapaban y todos lo conducían luego al lugar señalado del bosque y era condenado a morir al filo de la espada del propio San Miguel Arcángel. Palerm sintió un escalofrío en todo su cuerpo. Los ángeles, los demonios, los seres fantásticos eran ensoñaciones y leyendas de un mundo lejano. De su niñez recordaba todavía el cuento de la hada Morgana, que con su poder conseguía todo lo que le pedían. Se deshizo de su piel de carnero y se convirtió de repente en el vencedor de Lucifer y de los ángeles rebeldes. Con la mano izquierda hurgó en la faja roja y sacó su cuchillo. Alguien tenía que hacer el papel. El arcángel descendió desde lo alto de un árbol y clavó el arma en el cuerpo del repugnante monstruo. La representación alcanzó un éxito insospechado por su realismo, como no había tenido ningún año, y desbordó todos los entusiasmos.

La luz tímida de la luna fue abriéndose paso entre los árboles, como empujada por un viento poderoso y extraño. La mascarada fue perdiéndose luego por distintos caminos. La fiesta había terminado. Palerm se quedó solo al lado del demonio abatido. Como un San Miguel, alta la espada y el demonio vencido a sus pies. Lejos se oían todavía los tambores, las flautas y las castañuelas. El grito le salió de lo más profundo del corazón: ¡¡A tu... i ha ha ha hai!!

C. VIDAL LLÀSER

Na Margalida de can Toni Maians i en Pepito de ca na Xesca o un relat d'avui

per Vicent Ribas Ferrer

Va entrar ajupit pes fred. Sa salsa li reculua dins s'estómac mesclada amb torró i vi pagès. un nus de pell estrenyia tres peces de metall i fusta aguantades per una mà callosa i forta que segles d'història no havien sabut fer-la més fina.

—Un conyac —va dir un home babós, de veu ronca i mal cuidada.

Ses cartes anaven saltant dalt sa taula. Passaven després a ajuntar-se a uns muntets. Ningú pareixia que fes cas a ningú. Es jai de Can Xiquet d'En Truf, s'únic d'aquestos amunts

que sap comptar per la pacta duia bon joc. Es felicitava tot sol i en silenci. En Xico d'En Toni Pere, matancer de tota la vida, se'l mirava de racó d'ull pensant que ja li vendria a ses seues. Feien es tuti. Disfrutaven tant ells com es que se'ls miraven. En Pepito de Ca Na Xesca que estudiava per fora se'ls mirava sense cap alegria. Si sapiguessin jugar an es pòker ja els hi faria veure jo, pensava.

—Unes heroes, d'aquestes pes bestiar, i valtros lo que volgueu —va encetar una boca grossa protegida per unes espat-